

mejor decir, *la melodía tratada al estilo de Meyerbeer*, que en su género es lo mejor que hasta hoy tenemos en escena, no puede ser relegada al desprecio ni desterrada del mundo del arte."

Hasta aquí nuestro bueno y querido amigo el Sr. D. Fernando J. Domec. Seguros estamos de que estas sus apreciaciones escritas á raíz de la temporada de Opera de Emma Juch, en 1891, habrán agradado á la generalidad de nuestros lectores, á quienes creo haber hecho un obsequio reproduciéndolas y honrando con ellas mi libro humilísimo.

CAPITULO III

1891.

De los teatros dedicados á la zarzuela en la temporada de Pascua de 1891, no hay mucho que decir, de interés al menos para el arte. *Salón Eslava, La Hija del Tambor Mayor, Año pasado por agua, De Madrid á Paris, Cádiz, Coro de Señoras, Toros de puntas, La Bella Helena, Don Caralampo, Oliveta, Nunche, La Gran Duquesa, Barba Azul, Carmen, El chaleco blanco*, con otras de los mismos géneros dividíanse en el Principal con Pastor y en Arbeu con Labrada, el favor del público, mucho más numeroso para el Coliseo de la calle de San Felipe: en éste se estrenó con mediano éxito *Don César de Bazán*, opereta en que estuvieron bien Concepción Valero, Caritina Delgado en el papel de un paje, y Enrique Labrada en el del protagonista. El Principal revivió *La Tempestad* con Soledad Goyzueta, Vargas, Morales, y la simpática Felicidad Pastor en el *Roberto*. El nuevo Circo-Teatro de los Hermanos Orrin también reanudó con la Pascua sus espectáculos siempre bien concurridos, especialmente en las noches que se llamaron de gala, en una de las cuales se inauguró con mucho bombo el saloncito llamado *foyer*.

El Domingo 12 de Abril, á las cuatro de la tarde y en el Paseo de la Reforma se repitió la diversión primaveral de *El Combate de las Flores*, no tan animado ni vistoso como el del año precedente: en el de 1891 figuraron bonitos carruajes de la Sra. Díaz, de Valletto, Limantour, Teresa, Arrillaga, Lizardi, Licéaga, De la Torre, Arozarena, Círculo Francés, Hermanos Orrin, Zamora y Duque y otras personas y corporaciones.

La Compañía de Isidoro Pastor fué la primera en alzar el campo y

dirigirse al Interior para dejar el Teatro Principal á una nueva Compañía Dramática Italiana, á cuyo frente nos hizo segunda visita el primer actor Luis Roncoroni. Hé aquí su *elenco*: "*Damas*, Adelaida Brignone, Clara Della Guardia, Giuseppina Menghini, Laura Agelli, Rotilde Venturini, Mariana Del Conte, Giulia Forneris, Assunta Bartolini, Cesira Rudi, Fanny Marengo.—*Actores*, Luis Roncoroni, Ernesto Della Guardia, Carlo Neigre, Alfredo Del Conte, Angelo Saltarelli, Gaetano Carrillo, Ernesto Coltellini, Attilio Corbucci, Pietro Lugaro, Luigi Mascotta, Giuseppe Forneris, Eugenio Martini, Doménico Grammatica y Attilio Roda.—*Representante de la Empresa*, Luis Halberstadt.—*Secretario*, P. Lugano."

El abono por veinte funciones costaría, en palcos, plateas y primeros, *ciento veinticinco pesos*; en grillés, *ochenta*; en segundos, *cincuenta y cinco*; en lunetas, *veinte*. Los precios eventuales de las primeras localidades fueron, en palcos con seis entradas, *nueve pesos*, y en luneta, *un peso cincuenta centavos*.

Para recibir á la Compañía Roncoroni, le fué como quien dice, lavada la cara al antiguo Coliseo: las paredes se tapizaron con un papel claro, los barandales y aristas de las columnas se doraron de nuevo, é introdujéronse en el alumbrado algunas mejoras. El estreno de los italianos hizose el martes 5 de Mayo con *La Tosca*, drama de Victoriano Sordou, cuya protagonista corrió á cargo de Clara Della Guardia, la simpática é inteligente actriz que tanto había gustado en la brillantísima temporada de Giovanni Emanuel, al lado de la inolvidable Virginia Reiter. Las lecciones de ambos maestros no habían sido desaprovechadas por la bella actriz, y justamente se la aplaudió en sus arrebatos de celos y raptos de cariño, en sus explosiones de venganza, en sus impulsos de piedad, en su desesperación espantosa que la impele á quitarse la vida. En la bonita comedia *Mademoiselle Nitouche*, dada para segunda función con el título de *Saltarellina*, Clara Della Guardia fué también muy celebrada, pero desde luego se echó de ver que el trabajo de primera actriz, que ciertamente no lo fué con Emanuel, era demasiado fuerte para ella, y más faltándole los ensayos y la dirección de aquel singular artista. Esto se vió más claro aún cuando la Della Guardia se arrojó á presentarse en obras antes interpretadas por la Reiter: la Della Guardia, que con ella nunca pasó de segunda y casi estuvo circunscrita á las damas jóvenes, ahora como primera no hacía más que imitar á su distinguida compañera de 1889, resultando en la imitación amanerada y servil. La bella, la simpática, la inteligente Clara Della Guardia no servía para primera actriz trágico-dramática, y menos bajo la dirección de Roncoroni, actor de talento, pero no dotado de las cualidades de que tan ampliamente hacía gala Emanuel, á quien en la misma Italia se le estima y reconoce como uno de los mejores directores de escena posibles.

Las compañías de Roncoroni nunca presentaron, aquí al menos, el admirable conjunto de las de Emanuel, y el mismo Ernesto Della Guardia, el oportunísimo actor cómico, estuvo en 1891 muy distante de causar el efecto que causado había en 1889. Si esto debe decirse de los esposos Della Guardia, artistas con talento propio, es claro que no pueden ser mejor juzgados los otros actores que habiendo desertado de la Compañía Emanuel figuraban entonces en la de Roncoroni. Las más notables obras que en esa temporada ofreció este director y empresario, fueron: *El Maestro de fragua*, *El Mundo del fastidio*, *Una bola de jabón*, *Patatract*, *Durand y Durand*, *Un baile sobre la cabeza*, *Los Rantzau*, *Batalla de Damas*, *La Gallina rellena de trufas*, *El uxoricida*, *Un bufo cesante*, *La pierna del Capitán H. . .*, *Frou Frou*, *Odette*, *El fastidioso y el distraído*, y *Hamlet*.

Varias de esas obras, como por ejemplo *La Tosca*, estuvieron muy bien puestas y vestidas y lucieron magníficas decoraciones. Algunas como la llamada *Nuestros buenos aldeanos*, agradaron en extremo, por el buen desarrollo de su argumento: el de la comedia citada es muy bello; un joven distinguidísimo persigue á una mujer casada, llega á penetrar en la casa de ésta y para salvarla cuando el marido le sorprende, hácese pasar por un vulgar ladrón: en ese momento llega á la casa el honrado padre del seductor, éste le confiesa su criminal pasión y la nota que ha echado sobre sí para no perder á la mujer amada, y el infeliz anciano lucha y al fin se sacrifica por su hijo consintiendo en que sobre sus canas recaiga la mancha que sobre sí mismo ha arrojado el loco amante. En cambio de esta bonita obra Roncoroni fastidió y cansó al público con dramones cual *El Uxoricida* y *La vendedora de pan*, rebosando en traiciones, asesinatos, incendios, infanticidios, y toda especie de bribonadas. En su beneficio dió Ernesto Della Guardia *La casa de Campo*, en la que siempre presentó deliciosas caricaturas; en el suyo dió su esposa la difícilísima *Odette*, y en el que correspondió al director se atrevió Roncoroni á ofrecer el *Hamlet*. Estas dos últimas obras dejaron muchísimo que desear en su mediano desempeño. Adelaida Brignone, que figuró en el elenco como primera actriz, trabajó poco y sin gran sensación: pudieron sin embargo ser apreciadas sus buenas dotes artísticas en *Sor Teresa*, en *El Mundo del fastidio*, y en alguna más. En su beneficio dió el discreto actor Carlos Neigre la bonita comedia *Las sorpresas del divorcio*, no representada desde los tiempos de Coquelin: Giuseppina Menghini hizo en ella una excelente suegra, y Roncoroni tuvo allí uno de sus mejores papeles en el tipo del yerno-mártir.

El éxito monetario de la temporada no pasó de muy mediano: en un principio fué frecuente ver en el Principal las familias Valle, Escalante, García Teruel, Romero Rubio, Lancáster Jones, Dublán, Juárez, y otras muy distinguidas; pero poco á poco fué disminuyen-

do el público, al extremo de faltar aun á los beneficios. Roncoroni hizo mucho mejor temporada en su primera visita á México, gracias á la buena impresión que Emanuel había dejado; si la segunda no fué aún peor, lo debió al anuncio de que con él venían algunos de los artistas de aquél; pero cuando el público echó de ver que bajo la nueva dirección no parecían ser los mismos, poco á poco desertó como queda dicho. Roncoroni se despidió del público de la Capital el Domingo 14 de Junio. Así pues, sólo un mes y diez días pudo sostenerse en el Teatro Principal.

Creo inconducente reproducir aquí el elenco de la Compañía con que Enrique Labrada y socios prosiguieron trabajando en el favorecido coliseo de la calle de San Felipe: su cuadro de artistas de zarzuela fué casi el mismo de que dispuso antes de la Pascua de 1891. Siempre con fortuna igual, su numeroso público todo lo celebraba y aplaudía, así lo nuevo como lo antiguo, si era bueno: á este género perteneció *El Tío Canyitas* que hizo allí furor gracias á su divertido libreto, á su agradable música y á la buena interpretación que obtuvo: Enriqueta Ors hizo una guapa *Catana* y Manuel Iglesias un buen *Tío Canyitas*. El estreno de la zarzuelilla *Los baturros* valió muchos aplausos al mismo Iglesias y á Micaela Gutiérrez; no menos gustaron los juguetes *La Currilla* y *Viva mi niña!*, entremezclados con *Catalina de Rusia*, *Doña Juanita* y *Los Hugonotes*, en que Labrada hacía un espléndido bonachón padre de familia, secundado por ya antiguos actores de talento y por otros más nuevos como la ya nombrada Micaela Gutiérrez, que habiendo hecho con Burón sus primeras armas, veíasela progresar grandemente en la zarzuela, cuya escena pisaba con despejo, declamando bastante bien y cantando con voz no de gran volumen pero sí suficiente para los papeles que se le encomendaban; iba á su vez gustando mucho Hortensia Gutiérrez en la que á las claras se veían su afición al arte y sus regulares aptitudes. *La Segunda tiple*, *Los canarios de café*, *La acera de enfrente*, *La Cruz blanca*, *La Gran Via*, corregida y aumentada, *La bella Elena*, *Las niñas desenvueltas*, *El chaleco blanco*, llenaban los programas de la semana, y el salón de Arbeu: en la *Gran Via*, fué introducida una escena entre elegantes *gomosos* ó *lagartijos*, de frac, blanco chaleco, *claque*, y gardenia en el ojal, que á la perfección interpretaban los dos hermanos Luisito y Santiago Arcaraz, ambos *minúsculos* artistas de mucho despejo y chiste. Para mayor variedad de sus espectáculos la sociedad Labrada Arcaraz, puso en escena el sábado 13 de Junio la bellísima comedia del insigne D. José de Echegaray titulada *Un Crítico incipiente*, que á ellos tocó estrenar en México, alcanzando el mismo buen éxito que en Madrid obtuvo su representación: Enrique Labrada hizo su papel con toda la conciencia de un buen actor, y la Gutiérrez é Iglesias y Figuerola estuvieron bien en los suyos. *El crítico incipiente*, se

repitió varias noches con entera satisfacción del público. El sábado 20, el mismo teatro estrenó con once bonitas decoraciones el episodio español *Trafalgar*, del que gustaron el dúo de amor, las coplas, y casi todos los coros. El cuadro de la batalla naval fué aplaudidísimo y verdaderamente estuvo bien presentado.

Retrocedamos en tiempo para hablar de la Compañía de zarzuela que á la vez que Roncoroni en el Principal y Labrada y Arcaraz en Arbeu, quiso llamar público al Gran Teatro. Esa compañía estuvo compuesta así: *Empresa Romero y Compañía*.—*Director de escena*, Alberto Morales; *Maestros directores y concertadores*, Manuel Mauri, Enrique Palacios; *Primeras tiple*s, María Nalbert, Fernanda Rusquella; *Segundas*, Carmen Ruiz, Enriqueta Monjardín, Dolores Castro; *Triples características*, Dolores Custodio, Rosa M. Vasset; *Primeros tenores*, Juan Prats, Antonio Monjardín; *Primer barítono*, Alberto Morales; *Primer tenor cómico*, Manuel Islas; *Primer bajo*, Jesús Vargas; *Segundos barítonos*, Luis Parras, Fernando Trocherie; *Segundos tenores cómicos*, Carlos Camacho, Doroteo Martín; *Segundos bajos*, Agustín Ballos, Salvador Barbosa; *Actores genéricos*, Fernando Corral, Luis G. Venegas; *Partiquinos*, Dolores Rosique, Gertrudis Magariño, Irene Nodain, Esperanza Castro; Ricardo Velati, José Polo, Ildefonso Valle.—*Apuntadores*, Carlos Toscano, Evaristo Falco, José L. Otero, Ramón Morales.—Treinta coristas, treinta profesores de orquesta, cuerpo de baile.—*Administrador y representante*, Ernesto Figueroa; *Contador*, Fernando Trocherie; *Agente*, Juan N. Berruero.—Abonos por doce funciones en las principales localidades: Palcos primeros y plateas, *sesenta pesos*; lunetas y balcones, *diez pesos*. Eventuales: palcos, *siete pesos cincuenta centavos*; lunetas y balcones, *un peso veinticinco centavos*.

La primera función de abono de esa compañía fué dada el sábado 9 de Mayo con *Traviata*, siguiéndose en las sucesivas, *Campanone*, *El Anillo de hierro*, *Jugar con fuego*, *La Mascota*, *Cádiz*, *La Tempestad*, *Como está la Sociedad*, *Niña Pancha*, *El lucero del Alba*, *La Guerra Santa*, *La Gran Via*, *La Gallina Ciega*, y otras por el estilo. El éxito que alcanzó la empresa fué desesperadamente malo: el patio estaba casi vacío y apenas uno que otro palco veíase ocupado. Y no obstante, la compañía contaba con nuevas y ameritadas artistas que gustaban mucho y eran ruidosamente aplaudidas por los escasísimos concurrentes. La Nalbert era de lo mejor que últimamente nos había enviado la Península: poseía una voz fresca y de timbre en extremo agradable. La Rusquella, ya de antiguo bien querida en México como actriz de una compañía dramática española, se nos presentaba entonces de primera tiple, tan graciosa como en sus mejores días, y cantando bien y agradablemente. Además, la Nalbert y la Rusquella eran guapas y elegantes. Pero nada; ni la hermosa voz

de la Nalbert, ni la gracia de la Rusquella, conseguían aumentar el número de los espectadores, y ellas y Prats el tenor, y Morales el barítono, y Vargas el bajo, muy estimables todos, cantaban, como quien dice, en desierto. Sonadísimo fué el triunfo de la Rusquella en *Niña Pancha*, precioso sainete en música, y no se movió la curiosidad de los retraídos. La Nalbert acreditó sus grandes dotes de artista lírica en el rondó final de *Lucia* en que fué celebradísima en la función del Domingo 17 de Mayo: en *La Tempestad*, esa verdadera tiple y la Rusquella en el *Roberto*, estuvieron magníficas como actrices y cantantes y muy guapas y felices; la voz general repetía unánime que ambas hermosas españolas eran lo mejor con que por entonces contaba el género zarzuelesco y no obstante el teatro seguía tan vacío, tan solitario, que una noche en que se daba *La Gallina Ciega*, en el momento en que *O* tiene que hablar en secreto á *Venancio*, éste dijo á aquella, observando la soledad de palcos y lunetas:—“Hable vd. alto, que al fin estamos solos.” Aquello no podía seguir así, y la empresa Romero dejó el Gran Teatro al terminar su primer abono: en su corta temporada del 9 de Mayo al 26 del mismo, en que dió su última función, presentó diez y nueve obras en el siguiente orden: *Traviata*, dos representaciones; *Cádiz*, tres; *Marina*, *Campanone*, *Anillo de hierro*, *Mascota*, *Tempestad*, *Guerra Santa*, *Jugar con fuego*, *Molneno de Subiza*, *Bocaccio*, é *Hijas de Eva*, una representación; *Chateau Margaux*, dos; *Niña Pancha*, tres; *Como está la Sociedad*, tres; *Gallina Ciega*, *Lucero del Alba*, una; *El Gorro Frigio*, dos; de estas obras cantó nueve María Nalbert, y catorce Fernanda Rusquella.

Como á pesar de su mala suerte la Compañía Romero era buena y había gustado á sus escasos favorecedores, sobraron empeños para que no abandonase la Capital y se trasladase al Circo Teatro de los Hermanos Orrin, que había dejado libre la compañía ecuestre-acrobática. Así se verificó, anunciándose que trabajaría bajo el sistema de *tandas* ó funciones por actos á los siguientes precios: luneta con entrada, *veinticinco centavos*; palcos con seis entradas, *un peso cincuenta centavos*; grada Oriente por toda la función, *veinticinco centavos*; grada Poniente, por toda la función también, *diez y ocho centavos*: entrada general á grada, *seis centavos*.

Dióse la primera función el miércoles 27 con *Bocaccio* y muy buena concurrencia, tal como nunca habíala visto la Empresa Romero en el Gran Teatro: el de la plazuela de Villamil presentaba muy agradable aspecto en su transformación: la pista había desaparecido, y en su lugar tendíanse largas filas de sillas elegantes; en ellas y en los palcos, todo amplio, cómodo, y bien iluminado, lucía mucho la concurrencia, y á los pocos días la buena compañía, lo bien montado de las obras, y la novedad sobre todo, produjeron llenos colosales y ovaciones y aplausos sinnúmero. Para evitar las resonancias del gran